

AGENDA CIUDADANA

LA AUTENTICA SERIEDAD (O FALTA DE) PRESIDENCIAL Lorenzo Meyer

El Problema.- El foxismo resultó ser un estupendo destructor político al acabar pacífica y ordenadamente con el autoritarismo del siglo XX, ahora su reto es demostrar su capacidad y seriedad como constructor de lo nuevo.

En un programa reciente de televisión, el presidente Vicente Fox hizo una autocrítica y, entre otras cosas, se dijo convencido que los mexicanos reclaman “una Presidencia de la República muy seria, que no haga chascarrillos, y aprendí y ya estoy corrigiendo en ese sentido”, (Milenio Diario, 4 de enero). El presidente está en lo cierto pero no por la razón que él aduce. La seriedad en la presidencia no radica en la ausencia de humor o desparpajo sino en la congruencia entre el discurso –el diagnóstico y la propuesta-- y la acción.

El que la presidencia tome en serio su responsabilidad, es una demanda ciudadana no de hoy sino de siempre. Sin embargo, y contra lo que pareciera insinuar Fox, la seriedad presidencial no consiste en abstenerse de hacer “chascarrillos”, sino en mantener una conducta honesta, hacer un diagnóstico verdadero y generoso de la situación del país según la posición ideológica asumida –derecha, centro o izquierda--, pagar el precio que demanda sostener la congruencia entre el discurso ideológico y la acción política y, sobre todo, no contradecir lo dicho con lo hecho.

En México, la tradición presidencial ha sido una donde los jefes del Poder Ejecutivo del antiguo régimen, el del PRI, elaboraron un discurso que se desbordó en conceptos como “honradez”, “nacionalismo”, “patriotismo”, “revolución”,

“constitución”, “democracia”, “justicia social”, “respeto a la ley”, “Estado de Derecho”, etcétera. Sin embargo, todos y cada uno de los emisores de ese discurso presidieron sobre un régimen autoritario, solaparon o participaron de la corrupción generalizada y, salvo el caso del presidente Lázaro Cárdenas, al final entregaron un país igual o más injusto y dependiente del que recibieron. En fin, lo que hoy sí se le pide a Vicente Fox –el responsable de lo que se supone no es sólo un gobierno sino un régimen nuevo y diferente— no es perder su sentido del humor, sino establecer la veracidad de su diagnóstico sobre los problemas del país y mostrar capacidad y valor para sostener en la práctica lo que dice en su discurso. Fox aún tiene que demostrar que su propósito de seriedad es sustantiva y no superficial; chascarrillos y manifestaciones públicas de desparpajo, son parte de un estilo presidencial de actuar que, en sí mismo, no tiene nada de malo y es bien visto a nivel popular.

Los Ejemplos Conspicuos de Falta de Seriedad. El Inicio.- En septiembre de 1928, tras el asesinato del gran caudillo de la Revolución Mexicana y presidente electo –general Alvaro Obregón--, el presidente saliente, general Plutarco Elías Calles, pronunció la que fue la frase más célebre de su discurso más famoso: esa donde aseguró que México estaba listo para “pasar, de una vez por todas, de la condición histórica del ‘país de un hombre’ a la de ‘nación de instituciones y leyes’”. En ese mismo discurso ante el congreso, y refiriéndose indirectamente a Obregón, Calles afirmó que a México le “estorbaron los caudillos” porque habían obstaculizado su proceso de modernización. Sin embargo, en cuanto dejó la presidencia, Calles no tuvo empacho en contradecirse y convertirse él mismo en un nuevo caudillo, cuyas acciones y decisiones tuvieron lugar fuera de la alabada

pero poco respetada, institucionalidad. En efecto, investido por la clase política como “Jefe Máximo de la Revolución Mexicana”, fue el ex presidente Calles y no el presidente en turno, el Congreso, las cortes o el partido oficial, quien realmente dirigió el proceso político, quitó y puso secretarios de Estado, gobernadores, congresistas e impuso o vetó políticas. Así, en la práctica, el creador del PRI mostró la poca seriedad de su compromiso básico y siguió manteniendo a México como ‘país de un hombre’, es decir, como sistema político premoderno. Sólo la decisión del general Cárdenas en 1935 de enfrentarlo y echarlo del país, acabó con el “Jefe Máximo”, el último caudillo.

Al presidente Lázaro Cárdenas se le puede juzgar severamente por el golpe que le dio a las posibilidades de democracia política con la destitución de gobernadores o en las elecciones de 1940, pero finalmente él resultó ser el más serio de los presidentes del siglo XX mexicano, y no por su falta de sentido del humor, sino por su congruencia. Las líneas generales del discurso político cardenista están contenidas en el Plan Sexenal de 1933 –su plataforma electoral–, y esas líneas se empezaron a poner en práctica desde los primeros días de su presidencia, y desembocaron, entre otras cosas, en la reforma agraria, el crecimiento de las organizaciones sindicales, la expropiación petrolera y en un gasto social y económico que por primera vez en la historia superó al puramente administrativo. En suma, la contradicción entre el decir y el hacer del cardenismo es la menos notoria del régimen que nació de la Revolución Mexicana. Para los sucesores de Calles y Cárdenas hubo disponibles dos modelos a seguir: la congruencia del cardenista y la incongruencia del callista; en mayor o menor medida todos eligieron el de Calles.

La Etapa Clásica.- Nacionalismo, modernización económica, democracia y justicia social, fueron los cuatro pilares del discurso de todos los presidentes que a partir de 1940 y hasta 1982 se identificaron abiertamente con “el ideario de la Revolución Mexicana”. A partir de la gran crisis del 82, los gobiernos siguientes – los últimos del siglo XX--, sin dejar de hacer menciones a la Revolución Mexicana, tuvieron que elaborar un discurso al margen de ese ideario.

Las inconsistencias entre lo dicho y lo hecho por quienes encabezaron el proceso político mexicano en su período “clásico” –1940-1982-- fueron numerosas, pero la central resultó también la inevitable: una y otra vez todos se definieron como demócratas pero todos usaron y dependieron de un partido de Estado, es decir, siempre mantuvieron y se movieron estrictamente dentro del marco de un sistema autoritario. Por otro lado, la fuerza del latido del nacionalismo –la independencia frente a Estados Unidos— fue cada vez más débil, la modernización económica fue parcial –industrialización sí, pero ineficiente— y la construcción de una sociedad justa que borrara definitivamente la marca de la herencia colonial, nunca volvió a tener la profundidad del cardenismo.

El fracaso del modelo económico al final del gobierno de López Portillo –el de una industrialización basada en el mercado interno por medio de la sustitución de importaciones--, hizo que el gran problema de sus sucesores fuera dar forma pero sin que hubiera una ruptura total, a un proyecto económico alternativo que permitiera volver a encarrilar al país en la vía del crecimiento real. El resultado fue el diseño de un discurso que buscó justificar, aunque sin admitirlo abiertamente, el abandono del “nacionalismo revolucionario” en favor del neoliberalismo –

apertura de la economía, privatización, primacía del mercado y desmantelamiento del “Estado Benefactor”--, un modelo asumido y demandado por el gran ganador del siglo XX: Estados Unidos.

Los Neoliberales.- De los tres gobiernos priístas que encuadraron su política dentro del modelo económico neoliberal entre 1982 y el 2000 –los encabezados por Miguel de la Madrid, Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo— el de Salinas fue, sin duda, el que tuvo el discurso político más audaz y coherente. En diferente medida, los tres presidentes se propusieron como objetivo el superar el populismo fracasado de Echeverría y López Portillo mediante una “modernización”. La idea misma de modernidad se originó en Europa con la gran expansión del capitalismo, expansión que requirió de la destrucción paulatina pero sistemática, del orden existente --económico, político, jurídico y cultural— en nombre del progreso y de la libertad individual. El contenido concreto de lo moderno ha dependido de la época y circunstancias de cada sociedad, pero siempre ha significado modificar a fondo lo heredado. En el mundo de los años ochenta y noventa del siglo pasado, lo moderno resultó ser el modelo norteamericano, el mismo que se había impuesto con rotundo éxito sobre el de su rival de la Guerra Fría –la URSS— y que no era otra cosa que la democracia liberal pero con un “Estado de Bienestar” disminuido. Ese “Estado Benefactor” había surgido de las dos guerras mundiales pero fue declarado inviable tras las crisis fiscales de los años setenta. En su lugar, y para liberar del yugo burocrático a la energía creadora de la sociedad global, se impuso el neoliberalismo. En el caso específico de México, la modernidad requirió ir desmantelando el modelo heredado de la Revolución, que tenía como centro a un

Estado interventor y centralista, del cual dependía el ritmo y carácter de la economía y de la estructura social, para poner en su lugar al mercado, pero no al interno, pobre y poco dinámico, sino al mundial.

El discurso político más coherente del neoliberalismo, fue el de Carlos Salinas, aunque nunca aceptó ser lo que realmente era: neoliberal. En su campaña –donde enfrentó una verdadera oposición desde la izquierda y la derecha— Salinas no propuso nunca un Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN), pero una vez en la presidencia, el centro real de gravitación del discurso y la acción presidenciales fue justamente la negociación y puesta en marcha del TLCAN). Ese tratado no fue otra cosa que la búsqueda de la salvación política por la vía de la liquidación de lo que quedaba del “nacionalismo revolucionario” y la integración económica con la gran potencia del norte. El tema central del salinismo –pero que de manera menos sistemática también estuvo presente en el delamadridismo y el zedillismo— fue el de la modernización como reforma integral del sistema económico para hacerlo competitivo internacionalmente –única manera de sostener la idea de una salida futura del subdesarrollo-- y la reforma del aparato del Estado postrevolucionario para adaptarlo a las demandas de la economía global. Sin embargo, para hacer frente a la oposición y seguir utilizando al aparato corporativo del PRI, Salinas se presentó como “liberal social”, es decir, partidario de un tipo de neoliberalismo que, supuestamente, impediría que las leyes del mercado se cebaran sobre los sectores populares, la clientela del PRI.

La contradicción o engaño del proyecto encarnado por Carlos Salinas estaba en que una verdadera modernización requería de la democracia política, es

decir, de un juego abierto y limpio entre el poder político y la sociedad civil, pero tal juego iba contra la esencia del PRI y, por tanto, sólo se dio al final del período, cuando la presión interna y externa no dejó otra salida. La modernización también exigía el sometimiento del poder presidencial a la reglas constitucionales para hacer posible el Estado de Derecho, y ese sometimiento nunca se dio. Por otra parte, el “liberalismo social”, para ser real, necesitaba de algo más que el gasto electorero de “Solidaridad”: demandaba de un combate efectivo a las causas de la pobreza y de la desigualdad, pero las cifras nos dicen que en este rubro nada cambio: si en 1977 el 10% de los más pobres sobrevivían con el 0.97% del ingreso disponible, en el 2000 lo hacían con ¡cinco centésimas más! (1.2%) en tanto que el 10% más rico, y tras tanta “Solidaridad”, apenas disminuyó su participación ¡en esas mismas cinco centésimas! (pasó del 42.9% al 42.4%) (Miguel Székely, Nexos, enero 2002). En suma, el discurso presidencial del neoliberalismo no fue serio, resultó un engaño.

La Auténtica Seriedad.- Vicente Fox no tiene, en realidad, una propuesta diferente a la de sus antecesores priístas inmediatos, salvo la promesa de la congruencia: que el nuevo poder sí observará las reglas democráticas, sí respetará los derechos humanos y todo el marco legal, y sí será honrado y eficiente en el uso de los recursos públicos. Sin embargo, a un año de haber tomado el poder, buen número de los compromisos concretos del foxismo simplemente no se han empezado a poner en práctica: eficacia en la conducción del gobierno, reforma del Estado, paz en Chiapas, lucha efectiva contra el crimen, creación de un sistema fiscal realmente equitativo, combate real contra la pobreza, reforma del sector energético ó el llamado a cuentas de los grandes

corruptos del pasado. El empeño por cumplir de manera clara con esos compromisos concretos es el verdadero indicador de la seriedad presidencial que México necesita.